



REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Acha, Omar y Quiroga, Nicolás: *El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo*, Rosario, Prohistoria, 2012.

Mariana Garzón Rogé

Instituto Ravnani – UBA/CONICET

mariana_garzonroge@yahoo.com.ar

El *hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo* es un conjunto de textos: algunos escritos en tándem, otros a dos voces, otros en solo. Sin embargo, también es un texto que trasluce el tinglado grueso común que existe entre las cavilaciones de sus autores. Los historiadores Omar Acha y Nicolás Quiroga se pasean en él por los senderos de la historiografía más reciente sobre el primer peronismo y conversan, traman, rebuscan. Prestan atención, en ese *parcours*, a los presupuestos no monitoreados de la producción académica, a formas que de tan afincadas se han convertido con los años en un sentido común epistémico difícil de roer. Ejercicios de extrañamiento, disección apasionada, aprendizajes para desmontar trucos sin pretender el fin de la magia.

Parece, dicen los autores del libro, que la investigación y la narración sobre el primer peronismo se han instituido como prácticas satisfechas de sí mismas. Especialización en vetas particulares y más trabajo de archivo, los tan consabidos “aportes”, serían el destino de una historiografía que ha llegado a un momento de “normalidad”. La normalidad historiográfica sería una instancia definitiva en la que simplemente se continuaría introduciendo matices, ajustando

clavijas, mejorando los trazos.

Los autores sospechan de esa satisfacción. Por un lado, no creen que la historiografía haya llegado a un momento de domesticación de las pasiones políticas en el que gracias a los modos de la “ciencia histórica” podríamos “acercarnos” al pasado de manera desafecta, neutra, *de*-sublimada. Por otro lado, Acha y Quiroga también sospechan de la específica *política de la interpretación* con la que se captura la década del primer peronismo en muchos trabajos, de las bases epistémicas que subyacen a la idea de Historia que los nutre.

La narrativa que detectan ubica al primer peronismo como una instancia específica en un proceso de evolución más extenso del siglo XX argentino que es de corte democratizante y modernizante. Así, el primer peronismo constituiría, a pesar de “excesos” y “fricciones”, la socialdemocracia argentina y bajo esa grilla habría que medir sus límites y sus posibilidades. Los autores de *El hecho maldito* señalan que ese molde tiene, ante determinadas preguntas, fracturas que delatan que se trata de una lectura político-intelectual, lo cual no es descubrir la pólvora, sino acentuar que se trata de una lectura más, una entre otras posibles que no puede reclamarse indiferente.

El hecho maldito, avanza por esas fracturas, las desarma, mira sus elementos y las conexiones establecidas entre ellos. Toma atajos varios, de variadas temperaturas: los abordajes sobre el Estado, la producción en torno al Partido Peronista, los enfoques sobre las dimensiones culturales, la historia obrera/sindical, la proposiciones posibles del psicoanálisis, las formas de la escritura sobre el peronismo y hasta los temblores de la retórica chamánica de Horacio González. Procede de una manera general a través de varios flancos: desarma, interroga, cuestiona, rescata lo que está en barbecho y, en un gesto hacia el futuro, cuida su tono cuando pasa cerca de lo que nace, de lo que no es tan seguro. A veces adopta la forma de conversaciones como marca su subtítulo, de cosas más o menos sueltas charladas en una sobremesa entre amigos, pero también es una puesta en escena entre dos, como textos intercalados y palabras que son mejores en la boca del otro.

Impacientando una hipótesis

Al rato de andar por los senderos de este libro (y tal vez no en la primera pasada) quien los

ha emprendido puede preguntarse cuál es el “*hecho maldito*” que impacienta al título. En realidad, se trata de algo que está a mano en su antesala, en una cita de Wittgenstein. Pero por más que esa pista esté al principio, puede que la asimilación del asunto tarde un poco en cuajar. El hecho maldito es la falta de sentido de la historia y, más precisamente, lo que una historia sin sentido del peronismo podría arrojar. Si la historia fuera leída sin un rumbo subyacente, sin dirección profunda, sin estadios que superar ni caminos obligatorios que atravesar, el primer peronismo podría volverse algo endemoniado o, al menos, muy distinto a lo que hoy es frecuente pensar como “el peronismo clásico”. (Acha dice en otro texto suyo publicado casi en el mismo momento, *Un revisionismo histórico de izquierda*, que esta maldición no sólo pesa sobre el peronismo: “El obstáculo decisivo para una concepción crítica del quehacer historiador reside en la propia parasitación del pensamiento histórico contemporáneo por las categorías del evolucionismo, incluido el que se presenta como radical o revolucionario”). Y es justamente una mirada no progresiva de la historia lo que los autores de este libro sobre el primer peronismo tienen en común.

Acha y Quiroga creen que no será la acumulación de monografías lo que pueda cuestionar el modelo ejemplar que lee el devenir histórico en términos de modernización y democratización en donde ellos atisban violencias, inercias y planos de conflicto. La muda de moldes interpretativos (para nada garantizada por el sencillez transcurrir de las generaciones) sólo podría hacerse a través de una especie de guerrilla epistémico-metodológica más o menos sistemática. “La potestad de construir una *doxa* no proviene del archivo”, dicen: las políticas de la interpretación son más fuertes que los datos. Son las preguntas que se le proponen al archivo las que pueden estimular la aparición de nuevos marcos hermenéuticos.

No se trata de un anhelo por volver al pasado de versiones “patológicas” sobre la naturaleza del peronismo, sino de entrenar la reflexividad historiográfica. En las condiciones actuales, una ruta posible para detectar problemas puede ser tantear zonas en las que la narrativa modernocéntrica reprime y somatiza (en el sentido psi): en lo atrabiliario, en los monstruos, en los aparecidos. En el libro, algunos asuntos aparecen permanentemente como efectos interpretativos del modelo ejemplar que hoy encamina a la historiografía sobre el primer peronismo. ¿Qué cambios podría introducir una política no evolutiva de la historia? *El hecho*

maldito refiere múltiples. Mencionaremos tres.

Velocidades o violencias

La historiografía normalizada analiza *velocidades* en el proceso de modernización que imagina en marcha. El carácter acelerado del ingreso de las masas a la Argentina moderna explicaría la emergencia de “*fricciones culturales*”: sectores medios y altos habrían vivido un proceso de democratización (ascenso social y reconocimiento político) con la ansiedad de una invasión plebeya. En cambio, una historia que no le diera un movimiento automático a la sociedad hacia la democratización podría comprender la conflictividad social agudizada en la década peronista en términos de *violencias* y dejar de lado la lógica de las velocidades que tiende a naturalizar (en el sentido antropológico) las “*fricciones*”. Así se podría atender mejor a una Argentina que, más allá de los deseos de integrar a las masas que pueda haber habido, se mostró ciertamente muy perseverante en sus rasgaduras post-55.

Pensar en términos de violencias y no en velocidades también permitiría que un conjunto de percepciones nativas como las patas en la fuente o ese bestiario conformado por la sirvienta que se come al bebé horneado, el jefe de manzana listo para prender fuego barrios elegantes y los cabecitas negras que quieren hacer asado con el parquet de su vivienda social dejen de ser anécdotas en la reflexión historiográfica. Pensar en términos de violencias más que en términos de velocidades permitiría captar planos del enfrentamiento comunitario que tal vez, más que haber sido provocados por el peronismo, hayan sido clivajes precedentes tramitados densamente bajo identificaciones políticas nuevas como el peronismo o el antiperonismo.

El sentido de las fechas

Otro de los cambios que permitiría un paradigma no modernizante sobre el primer peronismo atañe a la periodización. El encapsulamiento en la primera década es útil para poner un dique que permite analizar con “desapego” y objetividad el pasado. Si el arco temporal se extiende se torna difícil pensar la década del primer peronismo en términos de democratización, modernización, integración.

El significado del 17 de octubre en la historiografía, por ejemplo, podría ser otro. Esa jornada sólo puede ser vista como “*exorcismo*”, “*rito de pasaje*” o momento de “*ingreso a la ciudad*” y reconocimiento blanco en un marco de necesaria integración de las masas a la ciudadanía. Si se cambiara la óptica, el 17 de octubre (y las semanas que lo precedieron también) podría ser pensado, más que como un momento de integración, como un momento de conflictividad fundado en las tensiones que la industrialización enfatizaba. Esta perspectiva, a la vez, sugeriría la pertinencia de una mirada sobre lo que sucedió después de octubre (es decir, durante el peronismo) que no necesariamente suponga una desviación de un momento liberador/democrático inicial... sino una mutación de un enfrentamiento más viejo.

De manera similar, los implícitos de clausurar la década en 1955 podrían ser revisados con nuevas preguntas que no trabaran al peronismo en los bordes de las fricciones traumáticas vividas por los opositores y mejoraran nuestros saberes acerca de cómo se llegó hasta ahí y cómo esa historia nos persigue hasta el presente. El historiador Walter Little, dicen Acha y Quiroga, sólo podía pensar al Estado Peronista como estallando gracias a su “impulso fatal de dominación”, éste es también un pensamiento contemporáneo. Rumiar en términos de *tragedia* como lo hizo Little, tal vez no sea infértil, el problema es pensar en la tragedia como una *lógica de autodespliegue* y no como *relaciones de fuerza*. En paralelo, frente a la idea de que el peronismo habría liquidado una cultura de clase contestataria y autónoma, una nueva periodización podría considerar que esa cultura permaneció latente en las hendiduras del peronismo y atender, bajo esa hipótesis, a formas poco evidentes del poder popular en el curso de la década.

Las verdades y los mitos

Un tercer efecto de una episteme no modernocéntrica que se deriva de las reflexiones de Acha y Quiroga tiene que ver con los mitos, los avatares y los rituales durante el primer peronismo. En muchas investigaciones sobre el período a veces parece que una misión historiográfica por excelencia consiste en realizar ejercicios de desmitificación. Se lee a los mitos como consecuencia de los dramas de la sociedad y no se los analiza como configuradores de momentos dramáticos en la historia. Los mitos son pensados como velos, no permiten ver las

cosas “tal cual fueron”... la verdad debe estar *atrás* de ellos, porque en esta perspectiva las verdades del mundo giran a espaldas de los actores. Pero los mitos, los rituales y los avatares de la imaginación política pueden ser mejor pensados como momentos en donde se producen las semánticas, en donde las gentes reflexionan sobre sí mismas y sus mundos, como los marcos de acciones bien reales. Este enfoque requiere pensar menos en la recepción de los mensajes como un enigma y advertir formas de la autoactividad de los peronistas, las tomas de la palabra, las maneras de legitimar las propias prácticas, la polisemia de los comportamientos, las “incontinencias populistas” (dicen los autores) más allá de los deseos monolíticos de las élites y las burocracias.

Lo que *El hecho maldito* hace

Este libro es de alguna manera su propio final, rompe con lo que le dio impulso, monitorea lo que frecuentemente no había sido monitoreado, termina con la posibilidad de la ingenuidad. Lo que hay en este texto es mucho más de lo que se ha comentado aquí. Es de lenta asimilación, además. Como sucede con cualquier argumento, las formas en las que será leído no son evidentes, ni pueden ser controladas (incluso nada garantiza que este libro no pueda ser asimilado de alguna extraña manera por los cánones interpretativos afincados). Existe la posibilidad de que se acoja con una entusiasta incompreensión, no por quienes lo arrojen a las alcantarillas de los pleitos del “campo académico” para no emprenderlo, sino por las prácticas de alta y precoz productividad académica que se llevan algo mal con “*el arte de lectura lenta*”. En todo caso, aunque Acha y Quiroga puedan imaginarse todavía vagando por las “comarcas del lenguaje socialmente patrullado que estimula y aplaca nuestra imaginación”, la fotografía ya está movida, bien movida, para muchos de nosotros.